



Crispulo F.

“el de la fandanguera”.

Por D. Castilla

- *¡Pero Crispulo, hombre de Dios, que llevamos tres horas de rodeos, déjese de enredos y desatinos y reconozca de una vez que mató usted a Don Jacinto Ortiz!*

Un giro rápido de cabeza y una señal inequívoca de los ojos autoritarios del juez hacen desistir de su intención belicosa al guardia más joven que ya levanta de nuevo la mano hacia la cara de Crispulo como si al celo de su juventud apenas le pesara toda la anterior noche de golpes. Era aquel un interrogatorio que empezó siendo rutinario y que, por la feroz resistencia del bracero, duraba ya casi treinta y seis horas y había convertido su rostro quemado y surcado de arrugas - "*arroyitos del tiempo, las pocas lágrimas y la mucha lluvia...*" los había llamado su dueño al verse en la única fotografía de su vida, la que un día le hizo un señor cuando acaban de llegar a aquel tajo -, en un barrizal de piel y sangre que se extendía cuello abajo hacia la camisa del segador, dibujando sobre sus cuadros antiguos y decolorados una nueva capa de mugre roja sobre mil estratos de polvo de pueblos lejanos y temporadas remotas.

- *Matarlo, matarlo.... lo que se dice matarlo...*

Y baja la cabeza y calla, rumiando pensamientos como hacía allá en los campos entre golpe y golpe de la hoz cuando apenas despuntado el sol, con la luz justa para no llevarse ni el pie ni los dedos en un tajo, sacaba a la cuadrilla de la gañanía si se terciaba o de debajo del chaparro donde se había montado el

campamento cuando ya junio permitía dormir bajo el cielo raso y estrellado de los veranos del sur.

"¡ Al tajo, al tajo!" les gritaba a los hombres que se desperezaban aturridos mientras con pasos aún dormidos se apartaban lo justo del lugar para que la meada matutina no salpicara el lecho ni los pies de los demás. *"¡Al tajo, al tajo!"* les azuzaba para que tomaran aprisa la malta o la achicoria, cualquier cosa caliente que les moviera las tripas y ordenase al corazón aún dormido enviar fuerza a los brazos, y *"¡ Al tajo, al tajo!"*, les arreaba como si fueran la recua del Genaro, la que bajaba la nieve de los picos, aquellos burros veteranos y perezosos que se desviaban del camino cuando olían el agua y se embolicaban entre los zarzales dejando en el suelo preciosas gotitas que se escurrían de los serones donde llevaba la helada, cara y blanca mercancía para venderla en los cortijadas o , si se daba mal el negocio del menor , pues al mayor en alguna casa grande de la capital.

"¡Al tajo, al tajo!". Crispulo quiso ser y fue manijero casi desde el mismo día en que tuvo altura suficiente para que los demás vieran su espalda en vanguardia por encima de las espigas que los separaban y oyeran su voz grave y seca , casi desde que empuñó una horca o una vara, casi desde el día que cogió una hoz por primera vez porque le hervía la sangre sólo de oler la pereza. Conocía como nadie el cansancio que agarrotaba las articulaciones hasta hacerlas duras como las ramas de los viejos acebuches entre los que se había criado, el trabajar con la fiebre haciendo arder la frente y temblar las manos, con el estómago vacío tras días y días de no tener ni un mendrugo que roer al final de la peonada. Las más de las veces desbarataba con las manos un furtivo puñado de espigas, si era trigo lo que se trabajaba, y acallaba el rugido de las tripas masticando los granos que se

iba sacando del bolsillo. Cuando lo hacía, procuraba que los demás no lo vieran como si estuviera arrepentido de aquel pequeño hurto diario, como si no supiera que era costumbre general en toda la cuadrilla mantener las fuerzas a base de mascar grano. Pero su ciencia más profunda, la que le llenaba más de satisfacción, era su capacidad para templar y conocer el alma de sus gentes, saber por sus cuerpos hasta dónde podía pedirles, calcular por sus miradas ansiosas lo que de él esperaban.

- Matarlo, lo que se dice matarlo, señor juez ¿quién puede quitarle la vida por su cuenta a un cristiano si Dios no lo ha decidido allá arriba? ¿O es que puede llegar alguien allá arriba antes de tiempo sin que Dios le haya reservado un lugar en la gloria o un sitio en las calderas de Pedro Botero? ¡Que fandanguera sería aquello entonces! Por eso le digo que matarlo, lo que se dice matarlo...

Y Crispulo, que ha vuelto a levantar la vista hacia el magistrado, se pasa una mano negra que parece, como todo él, un trozo de sarmiento quemado pero vivo, por el pelo blanco, ralo y desordenado, pegoteado de rojo también por muchos lugares como testimonio de la fuerza con la que el reglamento turbio de los guardias civiles ha intentado durante la noche y el día anterior que se reconozca autor de los hechos del sábado. Echa de menos su viejo sombrero, se siente menos vestido sin él. Seguro que la Mari, piensa, lo ha recogido del camino donde lo extravió en la carrera y lo tiene bien guardado. Su vista, perdida en el aire, tropieza con la foto de los hijos de D. Venancio, el juez, que lo miran desde el papel sepia que un cristal sucio de polvo y cagadas de mosca aprisiona

contra la pared de la derecha. Su mirada tiene esa magia que tanto fascina a Crispulo y parece perseguirlo aunque se mueva en la silla. Pero no logra encontrarles parecido con el juez. Y de pronto, cuando les encuentra semejanza con el guardia mayor, su cara se transfigura con una sonrisa pícaro que le hace murmurar:

- *¡Que fandanguera!*

- *¿Decía usted algo nuevo, Crispulo? Bien sabíamos en el pueblo que D. Jacintillo, el finado, no le caía a usted nada bien...* - engancha rápido el juez deseoso de acabar de una vez con aquello.

Tiene D. Venancio la misma malhumorada impresión que la pareja que lo ha interrogado: lo que ayer, cuando ratificó su detención, parecía un caso claro y sencillo de asesinato, se atasca y pudre ahora por la obstinación del acusado en no reconocer el crimen y pronunciar la fórmula rutinaria - " *Si, señorita, yo lo maté*" - que limpiaría de sombras la conciencia estricta del juez e iniciaría el camino cierto del asesino hacia la cárcel o el más que probable garrote.

- *Que desearle la muerte a alguien no es matarlo* - prosigue el detenido en un tono que, a juicio del magistrado, anda entre la burla y el desatino en alguien tan cercano al patíbulo - *y, además, que nadie mata a nadie si Dios no lo quiere y, por el contrario, cuando Dios lo quiere, basta una piedrecilla para que caiga un gigante. Si no, acuérdesse usted de lo de David y Goliat, porque ¿cómo iba a matar esa criaturita a un gigantón con*

su hondilla y su chinita si Dios no hubiese querido? Lo más seguro es que algo le habría hecho ese fanfarrón a Dios para tenerlo tan mosqueado.

Críspulo calla de nuevo. Parece que la molienda del cuartelillo le ha soltado la inspiración y sabe - y calla- que cada palabra con la que aturde de tanto en cuanto a los guardias y al juez juega a favor de sus propósitos, pero ahora al hablar tanto rato ha notado como le duelen las muelas o los trozos que de ellas sobreviven a la paliza e incluso parece que se le mueve el único incisivo que desde hace años habita, enorme y amarillo sucio, su mandíbula superior. El juez, que debe tener su edad, poco más o menos, tiene una dentadura blanca y completa como la del guardia joven o la de los dos adolescentes que le miran nuevamente desde el marco oscuro.

El nunca tuvo hijos. *“¿Más brazos para segar, más bocas para mascar grano a escondidas? No, no, mala fandanguera esa...”* le había dicho a los guardias cuando al hacerle la ficha preceptiva, le preguntaron por su familia. Y no había ironía en sus palabras, sólo un cierto campanilleo de soledad amarga.

Y, quizás por eso, en su vida mujeres pocas. No por falta de oportunidades que muchas y buenas habían pasado por su cuadrilla; él no distinguía el sexo de los brazos en el tajo si sabían trabajar y no se quedaban atrás, las más atando haces tras la cuadrilla y alguna segando como la primera cuando los brazos de los hombres faltaban o eran pocos para tanta faena. Pero él las vio siempre como esposas de otros, nunca como mujeres para él, como hijas, tal vez.

Como la Mari. Tendría tres veces menos años que él cuando llegó a la cuadrilla con su padre, el tuerto Vázquez, que luego se tajaría la mano derecha y moriría desangrado antes de que pudieran llevarlo al boticario del pueblo que

estaba a más de dos horas al paso del mejor de los burros de Genaro. Desde entonces la Mari se quedó a su vera para guisar, atar y lo que hiciera falta pero últimamente desde que empezó a darle palique a otro de los huérfanos, el Falito, se echaba más a la hoz que al anafre y había dejado los guisos para otras más viejas que ya no podían seguir el ritmo de los brazos bien fueran jóvenes o veteranos. Ahora, que ya casi sólo le doblaba la edad, la Maria se había hecho una mujer y él ya parecía un anciano, un viejo arrugado y negro que se conservaba vivo porque el sol aún no había decidido rematarlo y convertirlo en cenizas. No lo habían tratado igual los años que al juez o al guardia mayor o ...

- *Pero encontraron su hoz al lado del muerto y su camisa está manchada de sangre y usted mismo.....*
- *¡Sangre por sangre, toda la sangre es del mismo color, vaya a saber de quién era la del sábado porque ésta de hoy es mía y bien mía!- y, tras señalar agitado el mapa ocre de su pechera, sus ojos se escapan acusadores hacia los guardias que miran cansinos por la ventana - Yo sólo tengo una camisa, ésta que usted me ve ahora mismo. Usted tendrá muchas pero yo con esta misma trabajo y curo día sí, día no, porque alguien de mi cuadrilla se avería un pie o una mano en el tajo y yo tengo que parar la sangre como sea...*

El Falito se había cortado en la mano el sábado y berreaba como un marrano acuchillado. La Mari, cariacontecida, había cogido del suelo la hoz ensangrentada y tras colgársela al cinto, se lo llevó para el pueblo para curarlo. Crispulo los vio perderse entre bromas por el camino arriba dudando para sí de que la herida del

muchacho, sangre aparte que los jóvenes la tienen para dar y regalar, tuviera más de concierto cómplice de enamorados que de vero accidente de tajo. El Falito, pensó el viejo, viéndolos marchar más divertidos que apurados, que, como la Mari, se había hecho un mocetón de pronto sin que Crispulo hubiera advertido como aquel polluelo con más hambre que vergüenza que se les pegó tres años atrás cuando segaban allá por las cortijadas del norte de Córdoba, se había trocado en un hombre y de los mejores, de los que no se quedaban atrás nunca por mucho que apretara el calor o faltara el pan en la barriga.

- *Y entonces... ¿ cómo explica usted que apareciera su hoz sobre una roca a pocos metros del cadáver? - le intenta acorralar el juez que , muy en el fondo y muy a su pesar , empieza a no querer coincidir con la apresurada apreciación que el día anterior le contagiaron los civiles sobre la indudable culpabilidad de Crispulo, “el de la fandanguera”, como era conocido en toda la región desde ni se sabía cuando , desde que aparecía con los primeros calores del estío para cortar la mies de las cuatro o cinco cortijadas grandes de la zona y luego de vuelta, con el frío, a la aceituna verde.*
- *¡Ya quisiera yo poder explicar todos los misterios de lo que pasa encima o debajo de la tierra, pero mire usted, D. Venancio, eso no es posible! El mundo es una fandanguera, permíteme usted esta expresión. Yo la heredé de mi padre y quiere decir que las cosas pasan porque tienen que pasar, porque aunque tengan su “inspiración”, la mayoría de las veces ese motivo se nos escapa de la razón y todo nos parece una juerga, una fandanguera , vamos, que el Supremo se está corriendo a nuestra costa. Si*

no de que iban a haber dos tipos de personas : los que viven sin trabajar como usted o los señores guardias y los que , como yo y mi cuadrilla, por mucho que trabajamos no nos alcanza para vivir...

Al oír esto, los guardias abandonan su otero indiferente y se acercan de nuevo amenazadores ante la inesperada proclama libertaria.

- *Y que conste que yo lo acepto* - les detiene el verbo, más comedido ahora, de Crispulo que adivina la desazón de la autoridad y las consecuencias de su alegato -, *faltaría más, si no de que iba a trabajar yo de encargado para otros. Lo que pasa es que para aceptarlo tuve que dejar de buscar las respuestas que mi padre no encontró a pesar de toda su filosofía.*

Y el caso es que él ya había notado que su segadera, normalmente afilada con mimo en la tarde anterior, sabedor con la veteranía de los años de que cada golpe vespertino de piedra en la cuchilla, era alivio matutino para los riñones en el campo, su vieja y conocida hoz, esa mañana cortaba como embotada, como si en vez de susurrarle a los tallos para que se apartaran rotos , les tosiera o les escupiera, enganchándose lo justo para no dejar a Crispulo meditar a su aire sin notar su presencia. ¡Achaques de viejo! se acusó entonces temiendo que sus riñones, su cuerpo todo, más menudo y fibroso por días, buscaba ya excusas para levantarlo del tajo y , quizás por eso, siguió porfiado en la faena hasta que pasó lo de El Falito y entonces dejó la hoz en el suelo y ...

Y es que además andaba toda la mañana inquieto porque lo que D. Jacinto le había dicho el día anterior cuando acudió a reclamarle los jornales atrasados,

lo de que a partir de esa semana sería su hijo, el Jacintillo, el que le pagaría las semanadas y ese Jacintillo, también presente en la reunión de aquella tarde en el casino - los señores sentados, Crispulo de pie y rígido, el sombrero en la mano, la hoz en el cinto -, nunca le había parecido trigo limpio. Incluso las primeras palabras que había soltado las usó para advertir a Crispulo de que " *la cosa está mal*" y que su cuadrilla cobraba jornales demasiado altos.

- *Porque los trabaja, porque se los gana y porque* - y al decir esto dio la espalda al joven y se dirigió al vetusto padre - *porque así lo habíamos hablado dos hombres, usted y yo, D. Jacinto.*

- *¡Diríjase usted a mí y con respeto, destripaterrones! Mi padre ya le he dicho que a partir de ahora...*

De no mediar D. Jacinto padre, los asombrados socios del Casino, entre ellos el juez D. Venancio, hubieran presenciado la violenta culminación de algo insólito para los tiempos de caciques y hambres que corrían: la insubordinación de un manijero curtido. Afonso, El Torció, que había acompañado a su capataz, estiraba impotente el cuello por la ventana poniendo oreja a la discusión

- *No quiero creer, Crispulo, que la discusión que vi el día anterior en el Casino se repitió en el hondón y que la sangre se le subió a usted a la cabeza, de normal tan bien amueblada, pero si así fuera sepa que la Justicia entiende que pueden existir ciertos estados de enajenación transitorios que*

- *¡Lo que usted vio en el Casino , lo vio y así fue, Sr. Juez, pero lo que pasó en el "jondón" no lo vio nadie así que...*

- *Pero usted salió apresurado tras él en esa misma dirección cuando cruzó por los campos donde faenaban usted y su cuadrilla*

Lo que más le preocupaba del Jacintillo no era aquello de los jornales, que ya era bastante grave; a ver si no, cómo le explicaba a los suyos que lo dicho sobre el jornal ya no era lo dicho y que la palabra de Crispulo, **“el de la fandanguera”**, su inquebrantable honradez en el trato, la única herencia moral que junto con el apodo le dejó su padre, ya no tenía valor porque un petimetre necesitaba más reales para jugárselos a las cartas con sus amigachos. Sí, lo de los cuartos le preocupaba pero todos, hasta Afonso, el portugués más peleón que se había echado a la cara, todos en la cuadrilla le debían suficientes favores y dineros como para entender lo que se les venía encima. No, lo que de veras le preocupaba a Crispulo no era la cicatería del nuevo amo - cortijadas donde matar el hambre le sobraban - sino la mirada golosa, de hiena ansiosa, que había sorprendido en varias ocasiones con la que el hijo de D. Jacinto observaba los juegos y carantoñas entre la Mari y el Falito. En los quince días que llevaban de tajo no había día en que no se dejara caer por los trigales y buscara la posición donde la pareja segaba paralela y mimosa para meter el caballo entre el uno y la otra. No le traía el viento ni rastro de las palabras que cruzaban sus peones con el cacique pero no debían ser del agrado de éste pues cada día terminaba gruñendo amenazador y saliendo de estampida arrollando con la jaca a quien tenía la mala suerte de cruzarse en la galopada de su desaire.

- *¡Toma fandanguera! Y más que le hubiese correteado usted si hubiera visto pasar de largo los jornales de toda mi cuadrilla que llevaba ya dos*

semanas sin cobrar, que por eso me vio usted en el Casino reclamando lo nuestro. ¡Las hambres son malas consejeras, Sr. Juez, y los míos llevaban casi una semana comiendo sopa de trigo, tagarninas y argollejas!

Crispulo lo vio parecer a media mañana por encima de la misma loma donde el sol se había asomado tres horas antes y suspiró inquieto. Bajaba despacio por la laderilla más pelada, la que barría el norte haciéndola imposible para el cultivo, caracoleando jactancioso con la seguridad del que se sabe necesario. Intuía, y estaba en lo cierto, que aquel prolegómeno ponía nervioso al orgulloso manijero. Todavía estaba por ver que trajera el dinero y que no se repitiera en lo de la mengua de los jornales, pensó Crispulo. De repente, paró la jaca en seco y se estiró de pie en la silla perdiendo la mirada hacia el sur. Crispulo intuyó que algo raro pasaba y volvió la cara en la misma trayectoria. A lo lejos, las horquillas nuevas de Mari, las que le regaló el Falito, brillaban en el camino del pueblo muy cerquito del hondón que antaño fabricó el río tras años de estragar las margas verdes de aquel paraje. Entonces comprendió el motivo del galope que iniciaba Jacintillo y que lo hacía bajar suicida por la pendiente con la jaca resbalando en el pedrizal del último tramo.

- *¡Señorito Jacinto, pare aquí, los jornales, los jornales....!* - le gritó al verlo casi echándose al morro del caballo, que pasó de largo por delante del tajo como una flecha buscando el camino.
- *¡Quítate de delante, malnacío!*- aulló apenas el jinete alocado sin hacer ni el intento de esquivar al viejo capataz, un segundo antes de perderse sendero abajo.

- *¡Voy por ese cabrón, señor Crispulo!* - oyó chillar por una vera a El Torció que cortaba por los trigales hacía el río.
- *¡Vuélvete con la cuadrilla, Afonso, quédate con ellos que yo vuelvo enseguida!* - le ordenó Crispulo echando a correr sin volverse a recoger su sombrero perdido en la refriega, hundida la cara entre el polverío seco que acaba de dejar el galope furioso del animal.

Empezaban a decir en el Casino, el médico, el boticario y algún parroquiano leído, que el tabaco y el vino hacía mal a los pulmones pero Crispulo, que nunca fumó y si bebió un trago alguna que otra vez fue para cerrar un trato, sabía que los suyos se estaban secando por días de respirar tierra seca y polvo de trigo cuando después de segar y secar la espiga tocaba trillar y aventar para separar la paja del grano. Ya no le quedaba mucho, pensaba, para quedarse tieso en un ataque de tos de aquellos que le hacían escupir sangre. Igual, igual que su padre. Bueno la verdad es que a su padre si le gustaba la jarana, el beber y bailar y sobre todo "filosofar" al acabar las faenas. De ahí el apodo que recibió en herencia. Pero ese día, corriendo por el sendero, Crispulo le hubiera agradecido a su padre dos dedos menos de filosofía y unos pulmones más sanos y fuertes que le permitieran alcanzar a la Mari antes que el señorito.

- *Pero, y lo estoy leyendo en lo que declaró usted a los guardias ayer mismo*
- *interviene de nuevo el juez rompiendo la línea de los recuerdos de Crispulo -, usted no niega que pasara por el hondón en la hora aproximada de los hechos.....*

- *¡Para negarle algo tenían sus guardias el ánimo anoche! Los vergajazos harían hablar hasta el mismo D. Jacintillo o a mi padre también difunto, que Dios me perdone. ¡Que fandanguera! A ver si se cree usted que la cara la tengo así porque me he cortado afeitándome esta mañana...*

Apenas llevaba media hora de trote cuando Crispulo, agotado, creyó llegada la hora de morir escupiendo el bofe. Unos violentos golpes de tos le derrumbaron en la vera más cercana. No debió dejarla ir al pueblo y, ahora se sorprendía, pensaba en ella como en una hija y se sentía responsable no sólo de su trabajo sino también de su vida y de esas migajitas de felicidad que parecían salpicar la existencia que hasta ahora sólo había sido tan sobria e infeliz como la suya propia. Él, Crispulo **“el de la fandanguera”**, que nunca esperó ni deseó tener una familia se descubría cuidando como si tal fuera una cuadrilla heterogénea que le seguía a tumbos por La Mancha y la parte más del Norte de Andalucía en cuanto los calores empezaban a amarillear los trigales, la misma tropa desigual que después bajaría buscando los algodones primeros del sur para acabar el año de nuevo al norte vareando y rebuscando aceitunas hasta que el invierno más crudo los dejaba sin faena. Llegado el momento se dividían, volviendo a sus pueblos o, como El Falito, la Mari, el Torció o él mismo que no tenían ningún sitio donde volver, buscando algún cortijo conocido donde contratarse por unos meses y por poco menos que la comida para no tener que mendigar por las calles como alguna vez se había visto obligado hacer años atrás cuando aún no tenía una cuadrilla de las más solicitadas y las malas cosechas de algunos traían el hambre de todos. Crispulo, que nunca lloraba, sentía como un escozor en los ojos al pensar en la María y en lo que podía estarle pasando...

- *¡Tío! ¡Ay ,por Dios! ¡Tío!* - una sombra le tapó de repente el sol y unos brazos jóvenes intentaron darle la vuelta - *¿Está usted mal, tío Críspulo?*
- *Mari, Mariquilla... ¿ de verás eres tú? ¿Qué te ha hecho ese ...?¿Estás bien?*
- dijo el viejo cuando pudo recobrar algún resuello.
- *¡ Las manos sí que las tiene él demasiado bien y demasiado largas, ese gañán ! Nos habíamos desviado a beber en el "jondón" según él. Yo ya le había dicho que a usted no le gustaban esas bromas de manos y que si me volvía a pellizcar lo dejaría sólo a pesar de su herida, que había mucha faena por delante, así él me volvió a tocar y yo me di la vuelta y dejé allí al Falito...*
- *¿Falito? Entonces ¿no te has encontrado con D. Jacinto ni te ha intentado?*
- *No y sí. Hace un rato que lo vi venir como loco por el camino y se paró a mi lado y, sin bajar del caballo, y me preguntó por El Falito y cuando le dije que lo había dejado en el "jondón" y que bajaba para el pueblo a curarse, me lanzó una maldición de las suyas y se puso de nuevo al trote .*
- *¿Y te dejó ir? No lo entiendo. ¿No te das cuenta que iba a buscarlo porque querrá ajustarle las cuentas, porque se lo comen los celos que le tiene?*
- *¿Que Don Jacinto tiene celos de Falito? - y las risas de la Mari desconcertaron de nuevo al ya desorientado capataz -¡Ay, tío, que se no se entera usted! Don Jacinto tiene celos, sí, pero no de mi novio sino de mí... vamos que no venía al tajo a verme a mí... que no le gusta la carne, que le va el pescado.*
- *Pues peor me lo pones; si va a buscarlo y lo encuentra solo, intentará....*

- *Pues no le arriendo la ganancia porque lo he dejado de una mala leche... Y, por cierto, la hoz que lleva, con la que se ha cortado, es la de usted. ¡Debió confundirse esta mañana al cogerla o no porque él siempre va detrás de todo lo de usted como un perrillo!*

El juez le ha pasado los papeles en los que los guardias le habían tomado la primera declaración apresurada en la tarde del sábado, la que empezaba bien pero al final se había negado a firmar cuando abiertamente empezaba a incriminarlo en la muerte. Aunque la hinchazón de los ojos se lo hubiera permitido, a la luz mortecina de los candiles del juzgado no le es posible leer aquellos papeles arrugados a base de manoseos desesperados. Su vista aún potente en la lejanía cuando calcula las jornadas de trabajo que faltan y distribuya el tajo del día, falla en lo más cercano cubriéndolo todo con una cortinilla de humedad borrosa que desfigura los rostros y , aún más, las débiles huellas mecanográficas de la vieja Olivetti del cuartel. Y aunque ya no le hace falta la vista para calcular el golpe certero de la hoz en cada corte o el cimbreo de la vara contra cada rama del olivo hacía tiempo que ya no podía leer junto al cabo de una vela en los fríos inviernos de holganza forzada, los libros ajados que también heredó de su padre, esos que nunca había mostrado a nadie y que hablaban de fraternidades obreras y mundos igualitarios, que tanto le hicieron soñar de joven y tanta desesperanza le contagiaron años más tarde. Debió ser eso lo que le llevó a no darse cuenta del cambio en las hoces a pesar del romo corte que le había notado a la que llevaba aquella mañana en la mano.

- *Claro que no lo niego. Crispulo, "el de la fandanguera", sólo tiene un palabra, don Venancio, y ya le he dicho a los guardias que cuando llegué al "jondón" , corriendo como puede corre un viejo como yo y como usted, el señorito Jacinto ya estaba desangrado y yo sólo pude cerrarle los ojos e ir al cuartelillo a buscar ayuda. ¿No cree usted que si lo hubiera matado yo no hubiera ido al cuartel o, por lo menos, me hubiera preocupado de esconder la hoz?*
- *¿Entonces quien puñetas dejó la hoz allí mismo, delante de las narices de los guardias?*

Quando el Torció llegó al hondón, Falito había dejado la hoz de Crispulo encima de una piedra y se lavaba la herida en el arroyo que, acabado hacía tiempo el deshielo que lo surtía, apenas era un hilo que se encharcaba entre piedras para volver a ser de calibre menudo en dirección al pueblo.

- *¿Es profundo, Rafael? - preguntó el recién llegado tirándose al suelo y metiendo la cara en el charco.*
- *Ah, eres tú, Afonso. Nada , una tontería que he exagerado para traerme aquí a la Mari un ratito. ¿Qué haces tú por aquí?*
- *Buscando al Jacintillo que venía detrás de ustedes y se "había olvidado", el cabrón, de dejarnos los jornales otra semana. ¡Y yo estoy de sus mariconeos contigo y del hambre que nos está haciendo pasar hasta ...!*

Eran más o menos de la misma edad y la misma complexión pero el Torció era menos dulce de facciones y estaba mucho más cabreado con la vida.

- *Pues por aquí no ha pasado y yo no voy a esperarlo. ¡Ten cuidado tú, Afonso, que ese mondrigón es muy rastrero! Yo creo que me subo atajando por ahí, evitando el camino y al señorito, para ver si me encuentro a la Mari antes de que llegue al trigal y le quito el mosqueo. ¡Vente conmigo para arriba!*
- *A lo mejor te alcanzo ahora pero antes tengo que descansar un rato.*

El juez está ya francamente desconcertado. La tozudez de Crispulo supera sus años de experiencia o al menos, las ganas que hoy tiene de llegar al fondo del asunto. La hoz, la sangre en la camisa, la discusión en el Casino, todo le acusa y, se teme, la expresión de la pareja de la Guardia Civil le augura una nueva noche de infierno si no reconoce en poco rato su participación en los hechos.

- *¿Y qué hizo usted con el dinero de los jornales que llevaba el finado? ¿Y con el caballo?*
- *¿También le han dicho los guardias que ayer declaré que lo había matado yo? Pues hambre paso pero para comerme un caballo no me llega, así que...*

Afonso, el Torció, se había sentado en una de las piedras cercanas al arroyo de espaldas a la vereda que bajaba desde el camino y jugueteaba distraído con la hoz que Falito había dejado olvidada. Con frecuencia, en los ratos muertos sus pensamientos volvían a Portugal, a la costa del Algarbe donde recordaba haber jugado una isla costera de arenas blancas mientras el padre vigilaba el copo que le había ayudado a tirar un rato antes, en la mañana. Quizás estuviera, de nuevo, recordando la madrugada maldita en que la barca regresó mansa y vacía a la orilla

o recontando lo mucho y malo que tuvo que rodar antes de encontrar asiento en aquella cuadrilla, cuando sintió que unas manos delicadas le acariciaban la cara desde atrás.

- *¡Ya eres mío, Arcángel! ¡No sabes las ganas que tenía de cogerte sólo y ...*

Jacinto había atado arriba el caballo, bajado en silencio la cuesta y solo veía la espalda del mozo.

- *Pues va a ser que ser que no , mire usted que fandanguera, que le diría el tío Crispulo* - le espetó el Torció sacudiéndose el mimo, dándose la vuelta y blandiendo la hoz temblorosa y amenazadora en la mano.

Crispulo bajaba ya corriendo mientras contemplaba la escena desde arriba. Sin apartar los ojos de la orilla de la charca pudo ver como la discusión se convertía en duelo: el recién llegado con la fusta en la derecha intentaba azotar el rostro de su oponente y un momento después la hoz pasaba -mansa e inocente desde la distancia en la que estaba el viejo - cerca del cuello de Jacinto y éste caía al suelo con un grito sordo. Cuando llegó al lugar, el degollado intentaba barbotear desesperado alguna maldición pero a pesar de la mano que el manijero colocó presionando sabiamente sobre la herida, pronto dejó de patalear espasmódicamente y se quedó con la mirada estúpidamente fija en un punto vacío del cielo. El Torció que lo miraba paralizado, dejó caer la hoz y se volvió de espaldas.

- *Pero ,Sr. Crispulo, ¿no ve que todo lo acusa a usted? Voy a tener que devolverlo al cuartel para que los guardias vuelvan a ...para que sigan la investigación....*

- *¡Haga usted lo que debe hacer, Sr. Venancio! Yo ya he dicho todo lo que debo decir.*

Una noche más. Eso era lo único que necesitaba Afonso el Torció para llegar a su isla o eso le había dicho cuando se despidieron el hondón.

- *¡Revienta el caballo, niño, revientalo si es preciso pero no te pares hasta que no veas un civil, hasta que ya no oigas una sola palabra en español!*
- *Pero ¿y usted, tío Crispulo? ¿qué le harán a usted?*
- *A mí, nada, ¡que fandanguera de tocar a un viejo iba a ser esto! Vete ya y llévate estos cuartos malditos de los jornales que a ti te harán más falta que a nosotros.*
- *Recoja usted la hoz, tío Crispulo, si no se le van a echar encima...- le dijo la ultima vez que le oyó.*
- *¡Galopa de noche solamente, niño, que no te vean! ¡Y no vuelvas, Torció, por la madre que no conociste, no vuelvas nunca a mil leguas de este maldito "jondón"!*

Cuando ya se había perdido entre los árboles, Crispulo se sentó en la misma roca donde Mari había rechazado a Falito y donde después Jacinto había intentado fatalmente acariciar al que creía su amado. Ahora estaba salpicada de sangre pero era difícil saber de quien era. ¡Que fandanguera! , pensó. Tomó del suelo su vieja y afilada hoz y acarició con la yema de los dedos la inscripción que a golpe de navaja la distinguía de cualquier otra herramienta de la cuadrilla: "CRISPULO F."

No sabría, ni querría decirle al juez cuánto tiempo permaneció allí antes de tomar el camino del pueblo en busca de los mismos malhumorados guardias que lo llevan ahora de vuelta al cuartel entre los empujones e insultos reglamentarios. Dos noches y una *fandanguera* y farragosa historia de su tío Crispulo, eso era cuanto necesitaba Afonso el Torcio, - quizás también la Mari y el Falito- para que nadie les arruinara la vida que apenas comenzaban. Pronto le echarán de menos y unirán cabos pero ya estará tan lejos ...

Una sonrisa de felicidad se disimula apenas bajo la sangre y los moratones de su rostro quemado por un millón de horas de sol. Si él no cuida de los suyos, piensa, ¿quién lo hará? Ahora, camino del calabozo, respira satisfecho el aire de la que - bien lo lee en las miradas de su escolta - puede ser su última noche y sólo recuerda - y calla - cómo, antes de partir del hondón, colocó cuidadosamente su añeja herramienta sobre la roca ensangrentada asegurándose que cualquiera pudiera verla desde cualquier punto del paraje. Cualquiera, incluso los detectives más obtusos del mundo.